



**CIEN AÑOS DESPUÉS
DEL
COURS DE LINGUISTIQUE
GÉNÉRALE**

**VIOLETA MARTÍNEZ-PARICIO
(Ed.)**

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

VIOLETA MARTÍNEZ-PARICIO
(Editora)

CIEN AÑOS DESPUÉS
DEL *COURS DE LINGUISTIQUE GÉNÉRALE*

CENT ANYS DESPRÉS
DEL *COURS DE LINGUISTIQUE GÉNÉRALE*

Anejo n.º 83 de la Revista
QUADERNS DE FILOLOGIA

FACULTAT DE FILOLOGIA, TRADUCCIÓ I COMUNICACIÓ
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
2017

La Podadora Estructuralista

Xaverio Ballester
Universidad de Valencia
xaverio.ballester@uv.es

Resumen: Si el *Cours de linguistique générale* de Ferdinand de Saussure pretendía ofrecer una teoría lingüística ‘general’, es decir, supuestamente válida para todas las lenguas en su integridad y complejidad, no puede decirse que lograra su objetivo, ya que partes esenciales de la lengua quedaron fuera de su objeto de estudio. Entre otras muy discutibles premisas estructuralistas, particularmente nocivas fueron las renunciadas al análisis dicacrónico de las lenguas y a la incidencia del factor humano.

Palabras clave: Lingüística; Estructuralismo; de Saussure.

1. De la laringal de de Saussure al Neptuno de Le Verrier

Al examinar, a los 100 años de su publicación en 1916, el *Cours de linguistique générale* y las aportaciones de su [co]autor, Ferdinand de Saussure (1857-1913), a la *Linguistique générale* la primera cautela que se impone es la del simple cómputo biológico: la obra, tal cual la conocemos, no fue escrita por de Saussure sino redactada por sus estudiantes a partir de apuntes de clase. Ciertamente el texto debe de reflejar en buena medida las ideas de de Saussure sobre la Lingüística general, pero obviamente tampoco hay que perder de vista el hecho de que la obra pueda contener distorsiones debidas a la transmisión textual estudiantil, y que, en todo caso, el lingüista ginebrino ni conoció probablemente el proyecto de publicación ni, desde luego, su versión definitiva.

La obra tuvo un éxito y sobre todo una influencia considerable en los estudios de Lingüística sucesivos y en cierta manera la sigue hoy teniendo en muchos autores que aún se declaran estructuralistas y en otros –practicantes pero no creyentes– que inconscientemente o acríticamente asumen y siguen sus principios. Mientras que algunos palmarios destarifos que fácilmente habrían dañado la *auctoritas* de de Saussure, como sus *esotéricas* teorías sobre la métrica arcaica latina, quedaban convenientemente preteridos en su académico currículo oficial, enseguida surgió una literatura *hagiográfica* a modo de muro de contención contra las posibles críticas que muy pronto, aunque no siempre abiertamente, se generaron. Así, en un popular manual de morfología latina, escrito originalmente en francés y estructuralista a *marchamartillo*, se comparaba el supuesto *descubrimiento* de la laringal indoeuropea por el ginebrino al del planeta Neptuno por el astrónomo Le Verrier:

le *h* du hittite représente sous une forme non–alterée le “coefficient sonantique” dont Saussure avait eu la géniale intuition, et que toutes les autres langues connues à date historique ont alteré et perdu. On ne manquera pas d’évoquer à ce propos le précédent de la planète Neptune, dont les calculs de Le Verrier déterminèrent l’existence et la position avant même que la lunette de Galle n’en permît l’observation.

Descripción esta tan simplificada cuan repleta de inexactitudes; no es el lugar de pormenorizarlas, pero breve y también simplificada aclararemos: pese a esa bizarra definición de “coeficiente sonántico”, parece claro que de Saussure pensaba sobre todo en una vocal para la

lengua *madre* indoeuropea, como bien sugiere la elección de vocales mayúsculas (*E A O*) para su representación. No obstante, el semitista danés Hermann Möller (1850-1923) reinterpreto como consonantes genéricamente *laringales* los tres “coeficientes” de de Saussure, permitiendo así que con el desciframiento de la lengua hitita sus dos –como mucho, dos– consonantes laringales –una probablemente la banal /h/– o velares de esta lengua se interpretaran, gracias sobre todo a la porfía del polaco Jerzy Kuryłowicz (1895-1978), como los “coeficientes [laringales]” de de Saussure. A este, pues, no puede en rigor atribuirse le la culpa del *desaguisado* –producto más bien de una concatenación de frivolas reinterpretaciones– pero sí la responsabilidad de haber dado con su irreal esquematismo el *pistoletazo* de salida a un *método* de reconstruir estadios lingüísticos pretéritos que se revelaría letal. En todo caso, la comparación laringal = Neptuno resultaba muy efectista y verdaderamente impresionaba a la sazón a cuantos estudiantes nos formábamos en la carrera. ¿Cómo poner en duda este o similares hiperbólicos elogios que pululaban en tantos manuales clásicos de la pasada centuria?

Así, la denominada *teoría laringal* comportaba la eliminación de la banalísima /a/ del horizonte reconstructivo indoeuropeo –pues esencialmente no otra cosa más que una /a/ breve estaba detrás de aquellos “coeficientes”– eliminación que sería, a la postre, catastrófica para el desarrollo de la Lingüística indoeuropea, impermeabilizando a la mayoría de los indoeuropeístas frente al exigible requisito de realismo en sus reconstrucciones y arrojándolos al proceloso océano de la antihistórica abstracción. Pero ¿quién iba entonces a impugnar las opiniones de un indoeuropeísta, el lingüista sabio por antonomasia?

Aquí sí es difícil buscar atenuantes para la responsabilidad de de Saussure. El padre de la disciplina indoeuropea, Franz Bopp (1791-1867) había dejado establecido un patrón vocálico tan realista cuan *trivial*: /a a: i i: u u:/, las mismas tres vocales cardinales, en sus respectivas versiones de larga y breve, presentes en la conservadora antigua lengua de los indios, de modo que muchas lenguas indoeuropeas habrían innovado procurándose una banal /e/ y otras además una igualmente común vocal /o/. Pero se observó que en ciertos casos ante la venerable vocal /a/ del antiguo indio se presentaba palatalizada una consonante originariamente velar. Frente a, por ejemplo, las velares de las conjunciones copulativas enclíticas en celtibérico -CuE o latín *-que*, teníamos

una consonante palatal, /tʃa/, en sánscrito (-ca) o avéstico (-ča); es la denominada “ley de Collitz-Saussure”. Paradójicamente, mientras que el *Cours* puede leerse en algunos puntos como una reacción contra la Lingüística neogramática y sus excesos *taxonómicos* o propensión a la elaboración de largos listados, de Saussure, lejos de ver problemática la asunción de las absolutistas “leyes” lingüísticas de los *Junggrammatiker*, aumentó su nivel *taxonómico* propiciando más leyes aun y aun más severas. Le habría bastado empero a de Saussure acudir a su propia lengua natal, el francés, para cerciorarse de que frente al español o italiano *campo* o *canto*, la presencia de la palatal /ʃ/ en francés *champ* y *chante* no comportaba la previa existencia de una /e/: latín *campus* y *canto*. Pero ¿quién iba entonces a impugnar las opiniones de un indoeuropeísta?

Aparentemente el prestigio de la Lingüística indoeuropea predispuso a la buena aceptación de las ideas del indoeuropeísta de Saussure por parte de los filólogos clásicos y a su vez el prestigio de la Filología clásica predispuso a los demás filólogos y lingüistas a pareja buena receptividad. Honestamente se nos hace difícil imaginar que la obra hubiese tenido igual aceptación si escrita verbigracia por un especialista en retorromance o arpitano. La *cronojerarquía* de la antigüedad lingüística debió de ejercer una suerte de inconsciente influencia en esta cadena de transmisión: el teniente no osaba poner en duda la orden del coronel ni el coronel la del general. No se trataba de entender la orden sino de acatarla y ejecutarla. Y hubo demasiadas ejecuciones...

Mirando el asunto, como queremos hacerlo, objetivamente, *sine ira et studio*, nos parece inexplicable el éxito del *Cours* sobre tantas generaciones de lingüistas, pero el error acaso esté en suponer que una obra humana pueda tener éxito exclusivamente en razón de su intrínseco contenido. Con innúmeros ejemplos la historia de las ciencias y las artes muestra fehacientemente lo contrario. Desde el punto de vista estrictamente lingüístico, en nuestra opinión, el éxito del *Cours* resulta apenas explicable. No es nuestro interés desvelar por qué posibles razones –ajenas, desde luego, a sus valores de teoría lingüística– dicha obra pudo alcanzar tamaña preeminencia sino señalar, desde puros argumentos de Lingüística general, las deficiencias de la obra, tantas y tan graves que, se diría, la mayor parte del “Curso” podría aprovecharse –es solo una modesta sugerencia, claro– si leída como “Contracurso”, es decir: entendiendo rigurosamente en sentido contrario sus principales

postulados, salvando algunos puntos, como la práctica descripción de los ejes sintagmático y paradigmático y poco más. Nuestros [contra]argumentos se basan en dos líneas de razonamiento: la lógica o sentido común y los propios datos empíricos que las lenguas ofrecen.

2. Las caras ocultas de una Lingüística *general* muy poco general

Aunque pretendidamente curso de Lingüística *générale*, una primera y seria objeción formulable a esta obra es la de que más bien se trata de un curso de Lingüística *partielle*, pues deja fuera muchos y muy enjundiosos aspectos de las lenguas. Cumple así reconocer que el Estructuralismo, entendido como la teoría lingüística cuyos principios están esencialmente expuestos en el *Cours*, constituye una doctrina mítica, incompleta, virtualmente aplicable, en todo caso, a secciones o partes de las lenguas pero no al conjunto de ellas en su complejidad e integridad.

Por razones que en alguna ocasión se vislumbrarán más tarde, quedaron totalmente fuera del alcance e interés de la teoría estructuralista el estudio del origen del lenguaje humano o Glotogonía y el de los orígenes de las lenguas particulares o Glotogénesis. Fuera también quedó lo que poco después sería el estudio de los universales lingüísticos *sive* Tipología y a la que tanto contribuyó el judío estadounidense Joseph Harold Greenberg (1915-2001), o los estudios sobre el habla infantil y las patologías del habla, temas que prácticamente encontró vírgenes uno de los primeros y pocos críticos de los estructuralistas, el ruso, también judío, Román Ósipovič Jakobsón (1896-1982).

Otros aspectos que hoy nos parecen céntricos de la disciplina, como la Dialectología, el estudio de sabires y criollos o la Onomástica tenían en la perspectiva estructuralista una posición perfectamente secundaria, centrífuga, periférica. Considerando *impropio* el estudio de los asistemáticos e irregulares nombres más *proprios*: los nombres propios, y condenándolos a una pintoresca marginalidad, el Estructuralismo extirpaba de su programa de objetivos el componente, sin duda, cuantitativa y numericamente principal de todas las lenguas. Era como querer estudiar los mares sin atender a los océanos.

¿Y qué decir de la, por definición, *desestructurada* Semántica? Aunque de Saussure más que implícitamente reconoció esta como la otra cara de la moneda (*signifié*) del *signo* lingüístico, la trató más bien

como la cara oculta de la luna. Inevitable consecuencia fue el parto de una Lingüística demediada. Habría que esperar al italiano Mario Alinei (1926), otro hijo de Israel, para oír hablar convincentemente de “la primacía de la Semántica” (*il primato della Semantica*) cuando en el seno de la Lingüística indoeuropea perversamente seguía empleándose en muchos lugares de Europa el término *ario* como sinónimo de *indoeuropeo* en la lengua... y en la raza.

Así pues, mientras componentes íntimos de las lenguas eran postergados, las preferencias de Saussure parecían decantarse, siempre en la personal querencia del autor, por aspectos éxtimos y de un nivel de abstracción *superior*: la *Semiología* o ciencia de los signos. Sin embargo, tampoco la Grafemática, históricamente la principal plasmación de la lengua en otro lenguaje, encontraba cómodo aposento en el Estructuralismo. Una gran oportunidad perdida.

3. Elogio del anacoluto y *litteratura* > letra dura

Un primer muy discutible *tour de force* estructuralista está en la contranatural nomenclatura por la que *parole* ‘palabra’ designa los usos individuales de una lengua, mientras que *langue* ‘lengua’ describe la abstracción de esas individuales *paroles*. En el objetivo de forzar estructurados sistemas lingüísticos, como una de las primeras *podas* por cumplimentar se impuso la necesidad de acabar con la natural variabilidad de las lenguas, objetivo para el que el Estructuralismo clásico conj[et]uró primero aquella argucia verbal de la *parole* o *habla*, esto es, dejando fuera de *cobertura* las terrestres lenguas reales en las manifestaciones bien concretas de cada menda –¡como si el acto de hablar no fuera una cosa individual, sino asunto de orfeones donostiarras o coros georgianos!– frente a la etérea *langue*, entelequia metafísica, visión *mystique et anhistorique*, pero que en principio podía cómodamente moldearse como una entidad mucho más regular que la *parole*, esta con sus impenables aluviones de dobles, excepciones o variantes, ya individuales o no. Como no se ocultaba, esta forzatura léxico-semántica no pretendía sino eliminar el habla, las hablas, los dialectos, en suma, la variación lingüística como objeto –al menos preferente– de estudio de la Lingüística general. Pero si lo concreto, empírico, físico y real son las hablas ¿no se distorsiona gravemente el objeto de estudio al concentrarse en una suerte de platónica e ideal abstracción de estas?

Indirectamente los quiméricos barruntos estructuralistas sobre la *langue* ideal contribuyeron a asentar los prejuicios —ya tan incrustados en la supremacista Lingüística indoeuropea— de superlenguas frente a dialectos por *normalizar*, de gramáticas perfectas frente a imperfectas, del superior registro escrito frente al oral... Ideas, pues, embrionariamente discriminatorias, segregacionistas y con resabios lingüicidas, como tristemente allí y aquí no tardaría en verificarse.

Claro que la ganancia teórica no era poca para los estructuralistas: elaborar una ciencia desde un objeto de estudio tan regular y simétrico, tan sin aristas como una esfera es faena evidentemente mucho más sencilla que hacerlo desde una entidad tan irregular, mudable, sinuosa y variable como una cuenca fluvial. Pero, admitámoslo, las lenguas son más ecografía que geometría. Las fosilizadas *lenguas* clásicas —es decir: su registro escrito, su *letradura*, como castizamente diría nuestro real S. Pere Pasqual (1227 *circa*-1300), es decir, su *litteratura* ¡calco latino de la helénica γραμματική!— constituían naturalmente un objeto mucho más idóneo cuando se buscaba proponer valores únicos para los casos latinos o sistemas tripartitos tan t[el]eológicos como la Santísima Trinidad para el aspecto verbal en griego. Pero incluso aquí, donde se analizaba más bien la textual letra dura que el blando son de los hablantes, contumaz la teoría refería una historia que los hechos obstinadamente contradecían o negaban. Mucho después acudirían otros en socorro con la Pragmática y demás sucedáneos para explicar descabezadas oraciones sin sujeto, concordancias *ad sensum* o tantos otros reales anacolutos que pululan en el *imperfecto* y humano habla real, pero que suelen quedar quirúrgicamente eliminados de la escritura, la γραμματική o la *langue*. La innovadora acepción del francés *parole* quedaba finalmente engullida por la tradicional del melodioso italiano *parole, parole*. Las lenguas no son gramáticas.

4. El sistema o una lengua que poder podar

Así pues, principalísimo sostén —o fundamento, si se prefiere— de la doctrina estructuralista está en la asunción de que las lenguas son sistemas, son estructuras, las cuales estarían organizadas según relaciones internas totalmente regulares, esto es, *sistemáticas* y tan regladas como los movimientos de las piezas del ajedrez, de suerte que el mínimo desplazamiento de un peón afecta a todo el sistema —¡jaque!— porque la

lengua, se repetía cual eslogan, es un “sistema donde todo está interrelacionado” (*systeme où tout se tient*). La verdad parece bien distinta: en las lenguas a menudo encontramos muchos –y precisamente muy importantes– elementos asistemáticos; en todas hay irregularidad, excepción, asimetría. En todas menos en una: el esperanto. Ya François Voltaire (1694-1778) en su artículo *langue* para el *Dictionnaire philosophique*: “aucune langue n’a pu arriver à un plan absolument regulier, attendu qu’aucune n’a pu être formée par une assemblée de logiciens”. Por una reunión de *logiciens* o por el oculista asquenazí Ludwik Lejzer Zamenhof (1859-1917), alias *Doktor Esperanto* ‘Dr. Esperanzado’, lingüístico *pendant* del Dr. Frankenstein. Tal vez no sea meramente anecdótica la circunstancia del ambiente familiar en el que pudieron desarrollarse las ideas científicas de de Saussure, teniendo en cuenta que su padre era un afamado entomólogo y su hermano un matemático reputado... aparte de ejerciente esperantista. Ambiente, en fin, que *bien sûr* no debía precisamente de inclinar las simpatías del joven Ferdinando al respeto por las ciencias humanas. O inexactas... y a mucha honra.

Por otra parte, a la base teórica de estas ansias de sistematismo no le faltaría una cierta justificación: de alguna manera había que considerar el capitalísimo aspecto de la economía en el habla. Ahora bien ¿y por qué las lenguas han de ser necesariamente sistemas para resultar más económicas? o simplemente ¿por qué tendrían que ser sistemas? ¿qué fuerza cósmica, física, química o biológica podría obligar a todas y cada una de ellas a serlo? Contra todo sentido común, el estructuralista prejuizgaba para toda lengua en todos tiempo y lugar un resultado único: estructura regular, sistema racional. Pero los hablantes somos falibles humanos, no máquinas.

Así, como aquel señor K. que en el cuento “Forma y Materia” (*Form und Stoff*) del literato alemán Bertolt Brecht (1898-1956) aparecía poda-que-te-poda en su afán por lograr la esfera perfecta de un laurel, los estructuralistas parecen también obsesionados con hallar el sistema perfecto en toda lengua –casi la esférica divinidad de Parménides (VI-V a.C.)– y así como al final del cuento brechtiano el jardinero profesional preguntábale a *Herr K.*: “la esfera la veo, pero ¿dónde c... está el laurel?” (traducción libre de *Das ist die Kugel, aber wo ist der Lorbeer?*), cabría parecidamente objetar a los estructuralistas: “el sistema, perfecto, pero la lengua ¿dónde está?”.

5. Asiento de suegra: arbitrariedades estructuralistas

Otra premisa estructuralista patentemente falsa es la célebre asunción de la arbitrariedad del *signo* lingüístico. Y nótese el grado de abstracción que comporta hablar de *signo* eludiendo voces más precisas como *fonema*, *marca morfológica*, *palabra* o afines. Si el signo fuese realmente arbitrario, diríamos, por ejemplo, *velocidad* en vez de *tocino* y queriendo significar ‘churras’ diríamos /me'rinas/. Puestos a buscar una más exacta adjetivización, el *signo* es mayoritariamente *convencional*, como ya viera Jakobsón, es decir, la mayoría de los elementos lingüísticos es –o son– cabal resultado de la convención social propia de un instrumento de comunicación humana y producto de una tradición forjada muchas veces a lo largo de un dilatadísimo período. Lo de *arbitrario* puede cuadrar bien a un arbitraje casero en el estadio Santiago Bernabeu pero no a las lenguas. Además con aquel tan... *arbitrario* axioma se pervertía en realidad la misma esencia del *signo* lingüístico, que es incluso convencional *malgré soi*, puesto que el hablante no puede encontrar habitualmente una económica vinculación, natural y directa, entre una forma lingüística y su referente, que es seguramente la menos arbitraria de las relaciones posibles entre dos entidades y la que en realidad, siempre que sea posible, resulta privilegiada por los hablantes. Por el contrario, el *homo loquens* rehúye lo arbitrario y allí donde ello sea posible, propende al iconismo. El problema es que este objetivo es muy pocas veces alcanzable y ello substancialmente por el desajuste entre nuestro conocer el mundo referencial, actividad básicamente visual, y el nominarlo, operación básicamente fonoacústica, pues el hablante por lo general no oye, sino que, en esencia, casi siempre contempla un mundo fundamentalmente mudo.

A tal respecto otra gloriosa falla del Estructuralismo es haber eliminado del horizonte de sus estudios el capital tema de la motivación lingüística. Llamar *asiento de suegra* a un cactus de buenas proporciones con forma de *puff* y provisto de unos pinchos capaces de activar la circulación sanguínea de una cucaracha no es nada arbitrario; ni tampoco llamar ‘ratón ciego’ (*murciélagos*) o ‘ratón alado’ (*rat penat*) al quiróptero o ‘mano alada’ de los zoólogos, ni llamar *cuclillo* al cuco o ‘cuco’ al adúltero, ni llamar... y así *ad nauseam*. Aunque bajo el poco afortunado nombre de *icónimo*, de nuevo Alinei mostró la plurirrelevancia –para la antropología, cultura, datación, dialectología, etimología, geoglotolo-

gía, psicología...— de la motivación de los términos y la tendencia natural —siempre que sea factible— en el hablante al directo proceso etología > etiología > etimología, es decir, a motivar (*etiología*) a partir de los aspectos más singulares y llamativos del referente físico (*etología*). El resto son, como ya viera el malogrado lingüista polaco Mikołaj Habdank Kruszewski (1851-1887), metáforas y metonimias. O elipsis... ya que no todos nuestros referentes pertenecen al mundo natural y se dejan escuchar, olfatear, saborear, toquetear o sobre todo ver.

Así pues, quedaba también fuera del horizonte del programa científico de los estructuralistas la que acaso sea la verdadera ciencia lingüística, la Etimología, compuesto griego sobre *ἔτυμος* ‘verdadero’ y *λόγος* ‘palabra’ o “estudio de las verdaderas palabras”. Al fin y al cabo, la morfología no es más que un conjunto de palabras, de comunes nombres o a menudo banales verbos que han sido gastados y desgastados en su forma y su significado, un conjunto, en definitiva, de voces de su sentido prístino olvidadas.

6. Relojes parados y fotogramas: estructuralistas a más no *podar*

Llegamos así a lo que seguramente sean las dos mayores castraciones que operó el Estructuralismo sobre las lenguas. En efecto, otro basamento estructuralista proclama que la *langue* solo es comprensible en sincronía. Sigamos, pues, podando el laurel, ahora con el riesgo de que parando todos los relojes, uno se quede al final con una disciplina no sincrónica sino acrónica, como la geometría o el álgebra. También aquí otra vez lo verdadero, lo correcto o al menos lo práctico sería justamente lo contrario: habitualmente la lengua solo puede ser comprensible en su integridad en diacronía, ya que, como producto esencialmente de una convención, una enorme cantidad de sus elementos solo reciben explicación cabal si miramos por el espejo retrovisor. Intentar, por ejemplo, explicar el significado actual de términos o expresiones como *a buenas horas*, *mangas verdes* ‘demasiado tarde’, *caballero* ‘varón adulto’ (aunque no monte rocín) o *desde luego* ‘por supuesto’ en la pura sincronía resulta[ría], nos tememos, imposible. Por no decir que, naturalmente, para alguien que vea las palabras solo en sincronía, *desde* será perfectamente *arbitrario*, mientras que para el que las *ve venir*, el dicho término será el convencional producto de la aglutinación de unos antiguos latines *de* ‘de’ – *ex* ‘desde [dentro]’ – *de* ‘de’, en una sucesión pleonástica,

por cierto, humanamente hiperbólica y bien poco sistemática. Está claro otra vez que al podador del laurel le resultará más fácil conseguir la esfera perfecta siempre que el arbusto permanezca inmutable como el ser de Parménides y ni mengüe ni crezca, pero el arbolete... *eppur si muove*. Y las lenguas, por supuesto, también.

Proclamar que la lengua solo es comprensible en sincronía equivale poco más o menos a advertir al usuario de que solo podrán obtenerse resultados válidos mediante... encuestas estadísticas. *Voilà* otro podazón estructuralista para propiciarse sistemas y estructuras. Tal como nadie aceptaría que un cinéfilo analizara una película a partir de un solo fotograma, no deberíamos tampoco permitir que el caudaloso fluir de las lenguas se confunda con un artificial estanque para pececillos naranjas en un parque urbano. Las lenguas son cine, no fotografía. Renunciando a integrar en su *corpus* doctrinal la acción del tiempo, el Estructuralismo renunciaba a comprender las razones últimas de las cosas. La ciencia no es solo describir —y sobre todo describir bien y de modo realista— la verdadera ciencia es sobre todo explicar.

7. El factor humano: no y no a una lingüística inhumana

Si bien originalmente concebido como reacción contra la Gramática histórico-comparada, el Estructuralismo cometió el mismo *pecado original* que aquella de disociar lengua y hombre, es decir, de no admitir con humildad que en realidad la Lingüística es una subdisciplina de la Antropología, de no aceptar que la lengua, en suma, es el hombre. Queremos comprender el habla humana sin el hablante es como querer comprender el andar humano sin el andante o el humano amar sin el amante. Si se nos permite la parodia, ante variantes cuales las valencianas /i ~ o/ en *collins* y *coll...*, el estructuralista antes restituiría un “coeficiente sonántico” o ¡laringal H₂! como elemento original que contemplaría siquiera la posibilidad de acción de la creatividad, el error, la hipérbole, el humor, la ideología, la ironía, la pedantería, la poesía, el tabú, la superstición o cualquier otra humanísima manifestación. *Asiento de suegra* ¡humorística ironía! sí, pero sin olvidar que nuestros chistes sobre la suegra recubren con casi total certeza el ancestralísimo tabú extendido por prácticamente todas las comunidades conocidas de caza y recolección —es decir: por el modelo cultural, económico y social propio del Paleolítico— probablemente como remanente trasunto de la casi siempre

obligada residencia patrilocal de la esposa en aquellas culturas. Claro que si las lenguas son solo explicables en sincronía...

Otro básico error; y seguramente derivado también del supuesto aquel de que las lenguas sean sistemas. Entidades que totalmente o en buena medida puedan funcionar sin la intervención del hombre, como un motor de coche o un reloj, podrán ser *sistemáticas*, pero no se nos ocurren casos de lenguas con *piloto automático*, nunca hemos visto ninguna lengua encarnada –¡“el mito de la reificación lingüística”!– paseándose por la calle, ni siquiera una lengua aparcada en doble fila, por un momento sin conductor y con el motor en marcha. Querer extirpar la mente humana del estudio de la lengua es como pretender estudiar el pan sin saber qué es el hambre. Las lenguas no existen sin hablantes.

Y si los verdaderos poseedores de las lenguas son sus hablantes –habitual y *darwinianamente* egoístas y gandules, por cierto– quizá convenga también conceptuarlas como ellos. Pues bien, parece obvio que para aquellos que nunca han pasado por facultades de Filología, las lenguas no constituyen estructuras o sistemas. Quienes, por ejemplo, han hablado suajili durante generaciones, nunca dudaron en colocar las lenguas en la misma clase nominal que los tipos de objetos, los instrumentos o las costumbres; al parecer, estos *ignorantes* negritos nunca leyeron a de Saussure o a ninguno de sus más modernos sucedáneos formalistas, quienes sin duda colocarían las lenguas en una eventual clase nominal para sistemas o estructuras, séanse profundas o superficiales, y alguno incluso junto a topologías matemáticas. Cabe culpar también al Estructuralismo de haber abierto las puertas a las lingüísticas formalistas, con sus intentos de reducir el habla lengua a fórmulas algebraicas lo más abstrusas posibles... acaso con la intención de blindarlas contra la insegura crítica de acoimplejados hombres de *letras*. Igualmente el empleo de formas adverbiales o preposicionales en muchos idiomas indoeuropeos para referirse al glotónimo respectivo o denominación de una lengua dada –como latín *Latine* ‘en latín’, lituano *lietuviškai* ‘en lituano’, polaco *po polsku* ‘en polaco’, sueco *på svenska* ‘en sueco’...– sugiere que el hablante percibe asimismo la lengua como un instrumental o, en todo caso, como una circunstancia modal y no, desde luego, como ese todopoderoso ergativo tan caro a la jergonza estructuralista. El actual hostigamiento al tradicional valor epicénico del masculino en los romances hispánicos, como en el ya popular chascarrillo de *los vascos y las vascas*, no se debe a un proceso interno al *sistema* dinámi-

co de la lengua sino a un factor que es exclusivamente humano en el orden de los seres vivos: la ideología. Las lenguas no tienen dinámicas ni ideologías; los hablantes sí. No es que la *lengua* (ergativo gramatical y retórica personificación: *agens*) haya cambiado el *sistema* de género del español, lo que cambió fue la mentalidad de la gente, la ideología, el modelo de sociedad. La lengua solo fue el objeto (gramatical acusativo y metonimia retórica: *patiens*), diríase, la víctima de esos cambios.

Ni una lengua es una estructura ni un hogar es el plano de una vivienda.